

EN LA SELVA

*Cinco cuentos para leer en voz alta.
Autor: Antonio Pons*



¡A que no te atreves! Siempre igual, los de mi pandilla saben que me da miedo tirarme con la bici por la cuesta de la calle.

Recordé las palabras de mis padres.

Mígue, no hagas locuras con la bici. No te tires por la cuesta, que es peligroso.

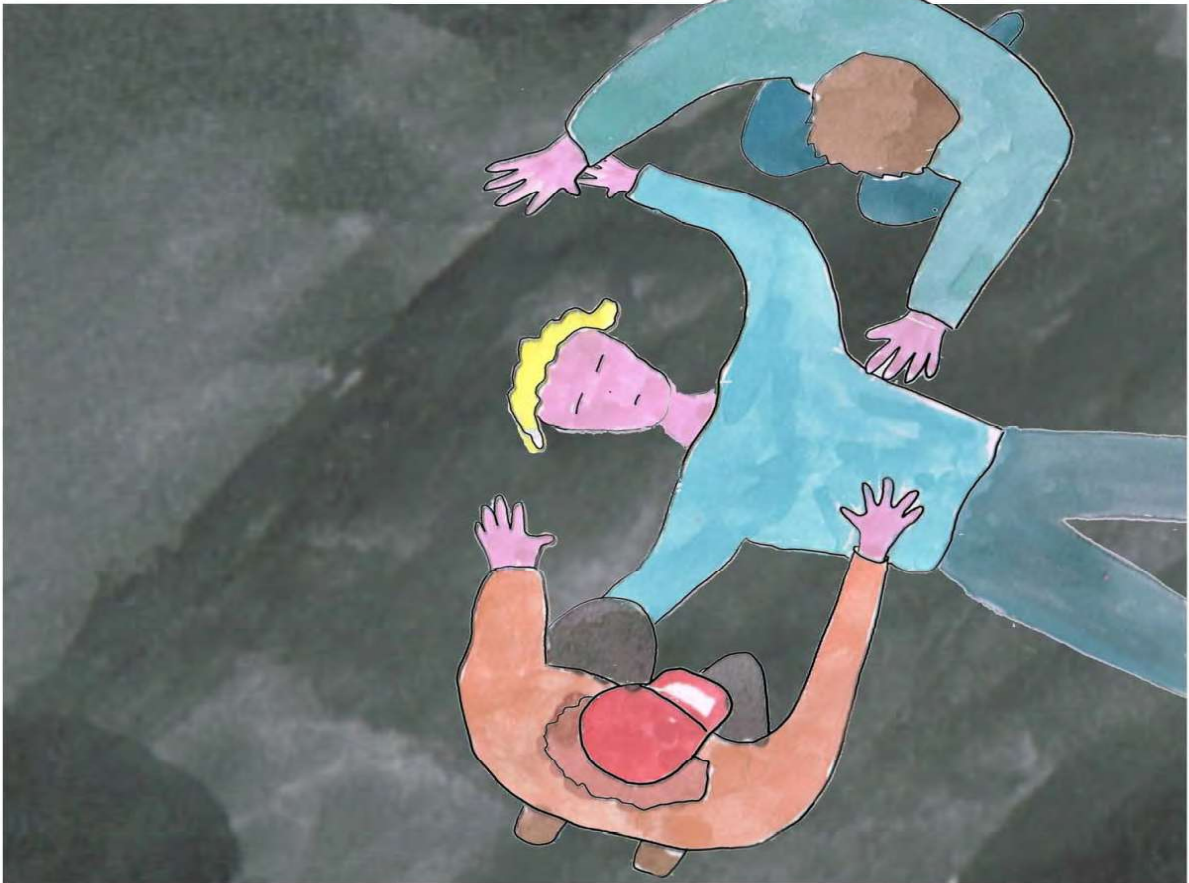
Pero Mamá, si todos lo hacen.

Y si se tiran por el puente, ¿te tirarás detrás de ellos?

Esta vez era diferente.
Habían venido los niños de la calle de al lado y en su pandilla había una chica de mi clase que me gustaba.



Conté hasta tres y solté el freno, empecé a pedalear y enseguida la bici cogió velocidad. Los árboles y las farolas de la calle empezaron a pasar demasiado deprisa. De pronto, de debajo de un coche aparcado, salió el gato siamés de la señora Pepa, una de nuestras vecinas de la calle.



Apreté las dos manillas del freno de golpe, se me olvidó frenar primero con las de detrás, se oyó un chirrido, la bici empezó a moverse de un lado a otro, se fue cayendo hacia la derecha y de pronto noté el golpe. Primero fue la rodilla, luego fue como si me quemase el codo y al final oí un ruido como el que hace un huevo cuando mi madre lo rompe antes de echarlo a la sartén y, a la vez, un dolor muy fuerte en la cabeza.



De repente todos me hablaban aunque yo los oía cada vez más lejos. Migue, Migue, qué te pasa, te has hecho daño, abre los ojos. José, corre a su casa y avisa a sus padres. Yo no les respondía porque me estaba entrando sueño y lo único que quería era dormir. Y me dormí.

Y empecé a soñar. Estaba en una selva muy oscura, rodeado de árboles gigantes de los que descendían ramas que se enredaban en mis brazos y no me dejaban moverlos.

Un grupo de personas, supongo que eran de la tribu de esa selva, me miraban y hablaban entre ellas en un idioma que yo no conocía. Llevaban ropas de colores diferentes y algunos de los miembros de la tribu usaban una especie de turbante que les tapaba el pelo.

De vez en cuando dejaban de hablar y uno de ellos se acercaba a mí, me miraba, me tocaba y luego volvía a hablar con los miembros de la tribu. Sonaba el ruido de un Tam Tam continuo, con el que parecían comunicarse los miembros de la tribu porque, de pronto uno de ellos levantaba la mano para que todos callasen y tras escuchar durante un rato el Tam Tam volvían su conversación ininteligible.

Varias veces, un miembro de la tribu me cogió y me llevó de una parte de la selva a otra. Debían estar enseñando su trofeo a otras tribus porque algunas llevaban unas ropas totalmente diferentes.



Algún miembro de las otras tribus, no sólo me tocaba sino que me ponían extraños objetos en diferentes partes de mi cuerpo, en el pecho, en la cabeza... incluso una de las veces, me dejaron en una especie de túnel muy oscuro donde, de pronto, empecé a escuchar un ruido muy fuerte como de hieiros chocando entre sí.



Yo intentaba hablarles, pero no parecían entenderme. Preguntaba quiénes eran ellos, donde estaban mis padres y donde estaba yo pero, no me respondían nada. Otro viaje, esta vez más largo me llevó a una parte de la selva donde la vegetación no debía ser tan frondosa. Hasta ese momento todo había sido oscuridad pero aquí todo era diferente.



La luz casi era cegadora, y los miembros de la tribu que habitaban esa parte de la selva se protegían del sol con ropas mucho más largas que los otros. Aquí todos llevaban turbante para no quemarse la cabeza.

Debían estar celebrando una fiesta porque no se oía un solo Tam Tam sino que sonaban muchos más. Se pusieron todos en corro alrededor mío y empecé a pensar que yo no sólo iba a ser un invitado de la fiesta sino que, como había leído en algunos tebeos, iba a ser el postre de un banquete de esa tribu.



Aunque sabía que todo era un sueño, la verdad es que me entró un poco de miedo. De pronto, uno de la tribu se acercó con un objeto en la mano. Parecía una campana, pero no era de metal. Me tapó la nariz y la boca con ella y yo pensé, más vale que me despierte.



Migue, Migue despierta.

Por fin, alguien que sabe mi nombre, se acabó la pesadilla. Sin embargo no me atrevo a abrir los ojos. Sigo oyendo el Tam Tam y en mi brazo noto la rama que lo rodea.

Pero la voz insiste, Migue despierta. Ya pasó todo.

Poco a poco abro los ojos, tengo miedo de estar en la oscuridad de la selva. Miro a mi alrededor. Estoy en una habitación con mucha luz y las paredes están llenas de dibujos. Me miro el brazo y en vez de las ramas, veo un tubito que sube hasta una bolsa de plástico.

Sentado en la cama hay un señor con una bata blanca que me sonríe y me dice. Hola Migue, estás en un Hospital. Te caíste con la bici y te hiciste un poco de daño en la cabeza pero ya está curado, te pondrás bien.

Yo soy el doctor Alegre y aquella Doctora es la Doctora Espadas que fue la que te operó. La Doctora estaba vestida de verde y tenía un gorro que le tapaba el pelo como los turbantes que llevaban algunos miembros de la tribu en el sueño.

¿Y el Tam Tam? Pregunté. El Doctor puso cara de no entenderme y yo le expliqué que durante el sueño que había tenido, se oía un Tam Tam pero que ahora, a pesar de estar despierto, lo seguía oyendo. De pronto sonrió y me señaló un aparato que tenía luces parpadeantes, muchos números rojos y un dibujito con subidas y bajadas. Mira Migue, eso es un monitor y nos ayuda a saber cómo estás.



¿Y no se puede poner un poco más bajo, como hacemos con la tele en casa? Sonrió y me dijo. Tienes toda la razón del mundo. Se levantó, tocó una ruedita del aparato y el Tam Tam casi dejó de escucharse. ¿Donde están mis padres? pregunté yo.

Me señaló al otro lado de la cama y vi a mis padres sonriéndome que se acercaban a la cama. Hemos estado todo el tiempo contigo Migue. Vaya susto que nos has dado.

Pero yo les dije: Susto, susto el que me he pegado yo en medio de la selva donde he estado.



Todos nos reímos, los médicos me dijeron que volverían a verme mas tarde y mis padres se quedaron en la habitación explicándome todo lo que había pasado.

Poco a poco, me fue entrando sueño hasta que me quedé dormido. Esta vez ya no tuve pesadillas.



